

—¡Arriba sufren! dijo Diana; la Señora tiene hambre.

Los dientes de Elena, que acababan de romper ávidamente la corteza retostada del pan, soltaron inmediatamente.

—¡Y yo que no pensaba! exclamó; ¡pronto, hermana mía! Felizmente no les he quitado mas que un solo bocado.

Volvierón á subir ligeras como dos sílfides los peldaños de los dos últimos pisos, y un momento despues se deslizaba el pan por el agujero de la madera, cayendo en el suelo empolvado del desvan.

Marta exhaló un grito de consuelo.

Las dos jóvenes la miraban comer.

Ambas sonreían.

—¡Hermana mía! decía Elena; al ver eso no se tiene hambre.



## XV.

## MADAMA COCARDE.

Cinco minutos hacia que Diana y Elena habían entrado de nuevo en su habitación, cuya puerta permanecía entreabierta. Estaban arrodilladas al lado una de otra delante de la Santa Virgen pendiente del muro. Ambas rezaban su oración de noche.

Quando hubieron acabado de recitar con recogimiento la série de oraciones que el uso católico reúne en su piadoso conjunto para consagrar las horas al sueño, añadió Diana con tono sencillo que revelaba la costumbre diaria:

—Santa María, Madre de Dios, intercede con tu

hijo Jesus para que nos envíe quinientos mil francos con que poder recuperar los bienes de Penhoel.

—¡Amen! contestaba Elena.

¡Pobres niñas!

—Haced, buena y Santa Virgen, proseguía Diana, que nuestra prima Blanca sea guardada de todo mal, y que podamos devolvérsela á su madre; Santa María, tened piedad de Penhoel, de Vicente, de la Señora y de nuestro buen padre. Haced que nuestro tío Luis vuelva al fin para traernos socorro.

Era una fórmula repetida con sobrada frecuencia.

Elena repetía:

—Amen.

Luego permanecieron un momento arrodilladas y rezando en voz baja. Entre las palabras que pronunciaba su corazón, á falta de su boca, muda, se hubieran encontrado á no dudarlo los nombres de Enrique y Roger.

De pronto se levantaron estremeciéndose. La puerta entreabierta de su cuarto había rechinado al mismo tiempo que daban en ella tres golpecitos discretos.

—Mad. Cocarde, dijo desde fuera una voz quebrantada y temblona, pero aflautada, dulce y conservando evidentemente pretensiones de ternura; ¿estais acostadas, tortolitas mías?

—Todavía no, contestó Diana; sin embargo, es ya muy tarde.

—No tal, mi ángel de amor, replicó la voz dulce; aun no son las nueve en mi reló, que va al minuto con el del Hotel de Ville. ¡Ah! me parece que se puede entrar.... ¡Pobres pequeñuelas! qué encantadoras que estaban las dos arrodilladas diciendo sus oraciones!

En 1820, las damas del género de Mad. Cocarde eran paganas como una canción de Beranger. En nuestros días vueltas á mejores sentimientos llevan la cruz de plata sobredorada en la cintura y tienen un asiento de terciopelo encarnado en la nave de Nuestra Señora de Loreto.

Mad. Cocarde entró suavemente, cerrando la puerta tras sí.

Era una mujer de corta estatura, de nada marcadas facciones, grandes ojos azules, tiernos, como se dice, temiendo la luz y adornados de un círculo rojo, cubriendo este color cierto número de arrugas imperceptibles.

Sonreía con bastante alegría; su talle, bien cubierto por una bata de tafetan nankin, parecía perfecto y regular. Desde lejos la hubiera tenido un miope á no dudarlo por una de esas mujeres bellas llegadas á los treinta que conservan movimientos infantiles y graciosos.

Pero desde cerca cambiaba notablemente su aspecto. Su rostro tenía como su voz algo de ajado y gastado; una ruina es siempre una ruina, sin que todas las reparaciones del universo puedan hacer que deje de serlo.

No porque Mad. Cocarde hubiese pasado con mucho los treinta. Estas mujeres no tienen precisamente edad. Entre las señales de una vejez precoz conservaba ciertos indicios que hablaban aún de juventud. Mad. Cocarde se debía haber cuidado mucho.

A veces fórmase uno una posición honrosa; Mad. Cocarde poseía la estimación de su barrio. Poseía rentas, era principal inquilina de los tres últimos pisos de la casa en que nos encontramos. En la suya no se metía el menor ruido.

Sin embargo de que ciertas pérfidas lenguas se permitiesen una burlona sonrisa al hablar de la clase de negocios á que se dedicaba Mad. Cocarde, todo el que vendía vino, azúcar, café, viandas ó legumbres en la calle de Santa Margarita la declaraba una mujer de provecho, y que hubiera encontrado mas de un marido si no hubiese sido tan opuesta á caer en esa tentación ó error.

Mad. Cocarde atravesó la estancia con paso menudo, yendo á sentarse junto al lecho, teniendo cuidado de volver la espalda á la luz.

Elena y Diana permanecían de pié; fácil era comprender que esta tardía visita no les causaba el mayor placer; pero igualmente se podía adivinar que tenían gran interés en tratar bien á la visitante.

Mad. Cocarde sonreía, acariciándose la barba.

—Eso sienta muy bien á los pequeños querubines como vosotras, ser devotas, dijo despues que se

hubo sentado.... el buen Dios, la buena Virgen, los buenos ángeles de la guarda!

Y escondió las manos en los bolsillos de su delantal.

—¡Sabeis que hace frio en este cuarto!..... replicó acurrucándose con un movimiento que queria demostrar el frio que experimentaba. Seis semanas hace que tengo yo lumbre en el mio. Comprendo bien la diferencia de situaciones.... pero es igual, ángeles míos; deberíais tener un brasero y encenderlo todas las noches al volver.

—Veremos, dijo Diana, cuando entre el invierno.

—Es que entra ya, pobre palomita mia!.... Se acerca á grandes pasos.... Yo ya he guardado mis vestidos de seda en el armario hasta el verano próximo, y me parece que esos juboncillos ligeros están por ahora demás.

Tocó el de Elena, que estaba á su lado.

—¡Indiana!... exclamó... ¡todavía indiana!... Queridos corazoncitos míos, debeis tener mucho frio con esto.

La principal virtud de Elena no era la paciencia.

—Dios mio, señora, dijo, quitándole de la mano la tela con un movimiento brusco; tenemos lo que podemos y no nos quejamos de ello.

—¿Os habeis incomodado, perlita mia? preguntó Mme. Cocarde, cuya voz espresó la mayor dulzura posible, si es que podía hacerlo: no me lo perdonaría nunca, porque os quiero con todo mi corazón.... Unicamente os hablo por vuestro interés.... Es

muy fácil coger una reuma.... Luego viene la fluxion al pecho. Niñitas mias, sé muy bien que hay diferencia entre nuestras situaciones.... No digo que os pongais como yo trajés de seda.... sino buenos corpiños de lana muy doble que puedan abrigaros.... Con esto es con lo que quiero veros.

Sacó de su bolsillo un cuchillo de marfil un poco mas largo que un alfiler, sirviéndose de él á guisa de monda-dientes.

—Nada hay que moleste tanto como las hebras de carne que se introducen entre los dientes.... prosiguió sin interrumpir su charla con el menor silencio.... ¿Os gusta mucho la ternera, amores míos?.... Se me figura que no la habeis comido nunca.... ¡Oh! es un bocado exquisito, pero que cuesta muy caro.... pero afortunadamente mi posicion me permite no tener que andar guardando economías.... Sentaos en vuestro lecho, hermosas mias, porque no hay mas que una silla. Ciertamente que por bien poca cosa podríais tener un lindo mobiliario.... No os hablo de comprar muebles como los míos.... la diferencia de posiciones.... pero al fin....

—Señora, interrumpió Diana, nos basta lo que tenemos.

—En buen hora, tesoros míos, exclamó Mme. Cocarde; puede decirse que no sois difíciles de contentar; pero si no os sentais diré que teneis deseos de que me vaya.

Efectivamente, Mme. Cocarde tenia derecho á

crear esto, porque las dos jóvenes permanecian en su presencia mudas, frias, embarazadas. Sin embargo, obedecieron á esta última invitacion, y ambas tomaron asiento al pié de la cama con una política forzada.

Mme. Cocarde era, como ya lo hemos dicho, la principal inquilina de los últimos pisos de la casa, y gracias á la intercesion de las dos hermanas, consentia en no echar á los Penhoel del miserable granero.

Este era todo el secreto de la deferencia que le demostraban Diana y Elena.

—Bien, hijas mias.... prosiguió. Al menos de ese modo ya puede uno hablar con mas comodidad.... Mucho me alegro de tener los dientes muy unidos, porque esa pícara ternera se introduce en ellos con tanta facilidad.... Y luego cuesta un trabajo sacarla.... En fin, hijas mias, he cenado admirablemente. Es preciso que os cuente los platos que tenia.... Una polla asada con su correspondiente ensalada; un buen trozo de ternera; unas magritas muy bien fritas, y para postres una crema á la vainilla, y mi correspondiente café despues. En mi vida he cenado con mas gusto ni mejor.

Mme. Cocarde observaba el efecto que producian sus palabras.

Durante esta complaciente enumeracion Elena y Diana tenian los ojos bajos. Avivóse hasta cierto punto su dolor; la honrada mujer apoyaba brutalmente el dedo sobre ese intolerable sufrimiento, el

hambre, que ellas habían intentado en vano olvidar.

—No soy lo que se llama una persona gastronoma, prosiguió; pero había almorzado muy bien esta mañana y no había comido.... como habían pasado tantas horas tenía un hambre....

Elena exhaló un profundo suspiro. Cada una de esas palabras redoblaba los desgarradores dolores que atormentaban su estómago vacío. Diana sufría tanto como su hermana; pero permanecía con mas fuerzas que ella, y ninguna señal de malestar se veía en su rostro.

—Y vosotras, hermosas mías, prosiguió Mme. Cocarde, ¿cómo habeis cenado hoy?.... Me intereso tanto por vosotras porque os quiero.

Las dos jóvenes guardaron silencio. Bajo el abrasado párpado de Elena había una lágrima de angustia.

—Y bien, continuó la principal inquilina, no se quiere decirme los secretillos que hayal.... Tal vez se tiene vergüenza!.... ¡Dios mio, ángeles míos! quereis que os diga lo que habeis comido en todo el día.... una sopa.... un buen pedazo de vaca y otro mejor de queso.

Para el hambre mortal de las dos niñas estos sencillos manjares eran mas apetecibles mil veces que la rebuscada lista de Mme. Cocarde.

—¡Dios mio, Dios mio! dijo en voz baja Elena. La frente de Diana se cubrió de carmin.

—Sobre poco mas ó menos habeis adivinado, di-

jo; pero, os lo repito, nos contentamos con lo que tenemos.

—He ahí la verdadera filosofía, ángel mio.... Pues bien; estoy conmovida, desolada, por ver á dos pobres niñas como vosotras en la miseria.

—¡Señora!

—No hay que enfadarse, hijas mías.

Mostrarse orgullosas con una verdadera amiga, es tener muy mal corazon. Incomodaos cuanto querais, pero os advierto que no impedireis que os diga lo que pienso....

Tengo el corazon oprimido, y se me oprime mas cada vez que entro en esta habitacion. Dos miserables sillas y una cama. Esa arpa que está sola ahora, porque apostaria á que habeis vendido la otra.

—¡Señora! repitió Diana.

La principal inquilina tomó sus dos manos, que unió con las de Elena.

—Os aseguro que os amo, pobres hijas mías, dijo con tono penetrado; tened confianza en mí, os lo suplico. Soy mas vieja que vosotras. Tengo mas experiencia.... Dejadme que os salve.

No era esta la primera vez que Mme. Cocarde hablaba así: Diana y Elena tenían sus razones para sospechar de la franqueza de sus palabras; y sin embargo, es tal la confianza de esa edad, que las dos jóvenes dirigieron á la principal inquilina unas miradas conmovidas y casi crédulas.

—Trajes de indiana en lo mas riguroso del in-

vierno, prosiguió Mme. Cocarde, sin lumbre.... Apenas una miserable bujía, y para sostener esos hermosos cuerpos tan delicados, tan encantadores, un alimento malo y escaso tal vez!

Sentia temblar entre las suyas la mano de Elena.

—¿No es así? prosiguió; ¿escaso?

—¡Oh! exclamó Elena; por piedad, no volvais á hablar mas de eso.... ¡Si supiérais cuánto sufrol

—¡Hem! hizo Mme. Cocarde con curiosidad.

Diana miró á su hermana á hurtadillas; su frente se tiñó de púrpura; levantó la vista hácia Mme. Cocarde, y dijo en voz baja:

—Sufre porque hace dos dias que no ha comido.

—Dos dias.... repitió friamente la mujer; y yo siento tanto dolor de estómago cuando dejo de hacer mi segundo almuerzo.... ¡Mucho tiempo es!

Y le retiró su mano para esconderla en el bolsillo de su delantal.

—Dos dias, repitió otra vez, pero con mas lentitud y como haciendo un esfuerzo sobre sí misma: también yo. Esas cosas no se olvidan nunca. También yo he estado dos dias sin comer. ¡Buen Dios! hijas mias, todo el mundo ha pasado esas cosas. Es el aguijon que obliga á dar el primer paso, y os aseguro que los restantes no cuestan ningun trabajo....

Esta frialdad súbita rechazaba la emocion de las dos jóvenes, y Diana sentia ya haber confesado la verdad.

—¡Oh, oh! continuó la mujer siguiendo el curso

de sus reflexiones; ya sabia yo que no érais millonarias; pero dos dias sin comer....

¡Ah! os aseguro que....

Como Diana no respondiese, volvió hácia ella Mme. Cocarde sus miradas y cambió bruscamente de fisonomía. Su frialdad desapareció para dejar paso á esa dulzura risueña y melosa que sabia dar á su semblante.

—Me habeis anonadado, hermosos ángeles míos, dijo. ¡Cómo! tan cerca de mí.... de mí, que os profeso un cariño tan verdadero! ¿No os acordais ya de lo que á su tiempo os dije?

La voz de Diana adquirió un tono altivo y severo.

—Hemos procurado olvidarlo, dijo.

—¡Qué seductora estais así, ángel de mi vida! exclamó Mad. Cocarde, que la miraba con una sincera admiración. La arrogancia os sienta tan bien como á una reina. ¡Ah! ¡Con cuánta alegría echaria al fuego ese vestidillo de indiana que tanto me impacienta, para poneros en su lugar trajes de seda, de terciopelo, de encajes. Seria tan fácil y me lo agradeceríais tanto cuando fuérais mas razonables!

Diana, elevada la frente, bajos los ojos y las mejillas encendidas, estaba en efecto bella como el orgullo del pudor.

—Tenemos precision de levantarnos muy temprano, señora, dijo, y ya es muy tarde.

—¿Es decir que me echais, exclamó la mujer; á mí, que soy vuestra verdadera amiga?... ¿Y por qué?... porque quiero cambiar vuestra miseria en

felicidad. Porque me incomodo y no puedo ocultar mi despecho al veros de ese modo sin recursos cuando podríais tener una casa, buenos muebles y todo...

Se levantó con un movimiento trágico aprendido en algun teatro, y que representaba bastante mal la amargura del cariño desconocido; luego añadió sin alejarse aún:

—Acordaos de lo que os he dicho. Tengo experiencia y os prometo que os vais á comer los codos de hambre, queridas mias, y no solo una vez, nada mas que por la conducta que habeis observado esta noche. ¡Pero vaya!

Diana frunció el entrecejo. Mad. Cocarde se encogió de hombros dirigiéndose á la puerta.

—Vaya unas cosas que se ven en el mundo, murmuró levantando los ojos al techo. Cuando una piensa que estas tortolitas se dejan morir de hambre teniendo á su lado una buena mesa... porque os lo digo otra vez, señoritas sin un cuarto, hay un caballero, un millonario que está dando por vosotras mas pesos que hay de aquí á la frontera... un hombre de lo poco que hay en el mundo, y si quereis, mañana mismo os vereis con alguna comodidad.

No obtuvo respuesta.

Diana se puso á arreglar el embozo de la cama.

Los ojos tiernos de Mad. Cocarde brillaron vivamente y su boca hizo un gesto de perversidad.

—Bien vestidas, señorita Diana, repitió... vosotras que no teneis zapatos, ¿oís?

Estas palabras fueron pronunciadas con una explosion de acritud y de malicia. La mujer abandonaba decididamente su máscara de dulzura para soltar la rienda á su lengua charlatana, mala, sarcástica y aguzada como la pata de un gato furioso.

Aun le faltaban dos ó tres pasos para llegar á la puerta.

La pobre Elena no escuchaba ya. Diana habia soltado el embozo de la cama medio hecha. Tenia la cabeza echada atrás. Por sus lábios vagaba una sonrisa estraña.

Su frente estaba pensativa y sus grandes ojos perdiendo sus soberbias miradas se habian puesto repentinamente meditabundas.

—¿Oís? replicó Mad. Cocarde desesperada por la sonrisa de la jóven. Os juro, señoritas de harapos, que mucho tiempo esperareis una ocasion semejante. Yo queria haceros obtener cuanto os hubiese acomodado. Treinta mil libras de renta, porque ese hombre es un loco. Criaturas como ellas... ¡negarse á tener treinta mil libras de renta! ¡Decídmel! ¿teneis el dinero del mes para pagarme? ¡Ah! ah! he sido muy bondadosa para con vosotras. Os prometo que mañana á la noche se irán á acostar á la calle esas gentes que ocupan el desvan.

Diana permaneció inalterable. Al verla se hubiera podido decir que esas palabras no se dirigian á ella.

Sin embargo, á estas últimas palabras se volvió con lentitud hácia Mad. Cocarde.

La principal inquilina, que creyó iba á ser atacada, se puso en jarras con ademan intrépido; pero cayeron sus brazos cuando oyó á la jóven preguntarle friamente:

—¿Cuánto dinero se necesita para tener treinta mil libras de renta?

—¿Qué decís, corazón mio? balbuceó Mad. Cocarde; ¿cuánto dinero se necesita de capital?

—Sí.

—Seiscientos mil francos.

—¡Seiscientos mil francos! repitió Diana mirando á hurtadillas á su hermana.

La buena mujer se acercó á ella.

—¿Será que váyamos á ser prudentes? murmuró con repentino tono de dulzura.

Diana meditaba.

Luego dijo con tono tranquilo:

—¿Ese hombre! ¿podríamos ir esta noche?

Mad. Cocarde retrocedió un paso y Elena levantó la cabeza sobresaltada para dirigir á su hermana una mirada de estupor.

Se creía el juguete de un sueño.

En el rostro de Diana no había la menor huella de emoción.

—Diablo, dijo Mad. Cocarde, esta noche..... ¡qué de prisa anda ahora! ¡Ah! picaruel! lindamente os habeis burlado de mí.

—¡Diana! dijo Elena en voz baja.

Diana le impuso silencio con un gesto.

—Os pregunto, dijo dirigiéndose á la principal inquilina, á quien miraba de frente, si se podrá ir esta noche á casa de ese hombre.

—¡Perol.... no veo.... dijo Mad. Cocarde, sin duda....

Aparte añadió:

—El hecho es que yo no respondo de nada. El las ha sacado del nido; ¡pero caramba! ¡parece que los angelitos saben ya de lo que se quiere hablar!

—Al momento, serafín mio, replicó sonriendo á Diana, y os prometo que sereis muy bien recibidas, y que hasta encontrareis allí servida una magnífica cena.

—¡Bie. ul dijo Diana; ¿quereis conducirnos?

—¡Oh! exclamó Elena juntando las manos; ¡hermana mia!

—¡Si quiere! exclamó la mujer.... me pongo un chal, un sombrero, envío á buscar un carruaje. Esperad, palomitas mías; soy vuestra dentro de dos minutos.

Y salió corriendo.

Las dos jóvenes se quedaron solas.

Elena miraba á su hermana con grandes ojos que espresaban asombro sin poder encontrar palabras con que interrogarla.

Diana estaba inmóvil, erguido el talle y la cabeza, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Seiscientos mil francos! dijo al fin.... ¡con que recomprar á Penhoel!

—¡Oh Dios mío! dijo Elena.

—Escucha, replicó Diana: mientras tú has ido á comprar pan he estado yo arriba y los he visto sufrir. ¡Cómo ha cambiado la Señora! Sus ojos no tenían ya lágrimas que derramar. Y nuestro anciano padre, que va diariamente de puerta en puerta, rechazado por todo el mundo... cubierto de insultos y de desprecios.

Elena lloraba.

—¡Es verdad! es verdad! decía sollozando; pero la vergüenza.....

Diana la tomó entre sus brazos, cubriéndola con una mirada de madre.

—¡Tienes razón, pobre niña! murmuró; no vendas porque hay que sostener otra lucha, y si esta vez somos vencidas será forzoso morir.

—Iré, dijo Elena.



## XVI.

### EL PALACIO MONTALT.

Nehemías Jones, el mayordomo de Montalt, era un gentleman y un hombre de gusto perfecto. Había comprado para su amo uno de los mas confortables palacios del barrio de Saint-Honoré, un palacio excesivamente separado de la via en que horriguea la muchedumbre, aislado en el hermoso centro de la gran ciudad, sombreado por árboles centenarios y abriendo la elevada puerta de sus salones sobre unos jardines de príncipe.

Nehemías Jones lo había encontrado entre los Campos Eliseos y la plaza Beauveau. Es un retiro escogido donde la vista encontraba por todas partes árboles, césped, flores, y en ninguna parte

de la calle esa odiosa barrera que limita el horizonte parisiense, en ninguna parte esa ventana curiosa del vecino en observación delante de las vidrieras del zapatero ó del fabricante de paraguas.

Y esto era admirable. Una especie de palacio risueño, construido en el reinado de Luis XV, cuando los bosques de Beaujou estaban muy lejos de Paris y ocultaban únicamente las diminutas fachadas de las casitas de los nobles ó financieros.

El palacio Montalt, como se le llamaba ya en el barrio, afectaba la forma regular de un castillo del siglo diez y ocho, trazado por Peronnet ó Gabriel.

El palacio de Montalt tenia todo el lujo, todas las comodidades que se podian apetecer, y que el mayordomo con una prevision sin ejemplo y con un tacto exquisito habia sabido darle. Los jardines, frondosos, bellos, llenos de flores, de juegos de aguas, de grutas hechas como para ocultar á su sombra las escenas de amor, lo hacian ser un vergel encantador y codiciado hasta por los mas poderosos.

Montalt habia querido darle ese aire de jardin oriental, valiéndose de esas plantas bellas, ricas, frondosas, aromáticas, llenándolo de palmeras que hicieran brillar su dorado fruto; pero el clima se oponia á ello; negábase el suelo á recibirlas, y habia sido forzoso renunciar á este proyecto. Sin embargo, en el interior se le habia adornado con el lujo y fausto digno de los palacios orientales, y ha-

cia creer á los que lo veian que se encontraban en uno de los palacios de las Mil y una noches.

Montalt se habia reservado un gabinete de predileccion.

Los tres dioses idiotas del Vaudeville tenian en él su religion, el vino, el juego y las bellas.

Bebia como un verdadero lord, jugaba como un endemoniado y cambiaba de querida con tanta frecuencia como de guantes.

Debemos decir sin embargo que Montalt no hacia nunca seducciones ni engañaba á nadie. No tenia tiempo para ello ni queria. Para seducir hubiera necesitado al menos aparentar amor y representar una comedia, lo que hubiera fatigado á Montalt casi tanto como la misma realidad.

Buscaba la belleza. Esta era para él la flor cuyo perfume se respira una vez y se deja caer en la yerba como el licor embriagador y dulce que se bebe de un trago para dejar despues el vaso medio lleno.

¿Se acuerda nadie de la rosa cogida ayer ó de la gota de vino dejada en la copa?

Le hubieran amado, porque era generoso, noble, valiente y hermoso como un semi-dios; le amaban tal vez, pero era á pesar suyo y sin saberlo. El no amaba á nadie y entregaba todo á sus sentidos, que se despertaban ardientes y jóvenes junto al pesado sueño de su corazon.

A veces se está así siguiendo uno de esos amores mortales en que se ha puesto todo su ser y que lo

ha roto la decepcion. Pero el nabab decia con frecuencia que no habia amado nunca.

Esta era su naturaleza....

Preciso era creerlo, aunque muy dificilmente se pudiera conciliar ese vacío glacial del corazon, ese materialismo sin contrapeso, con la bella generosidad que se advertia, no en sus palabras, sino en sus acciones.

¡Habia tantos contrastes en ese hombre!

Los que lo trataban mas íntimamente no se hubieran atrevido á juzgarle, y mucho menos á definirle.

Su alma parecia perdida; nada habia en él que no fuese duda, negacion, blasfemia. Todo lo que es bueno, todo lo que es santo, escitaba su desprecio y su sarcasmo. No queria ni aun creer en el bien; y sin embargo, aparte de los defectos de su vida sistemáticamente disoluta, no practicaba mas que el bien.

Era como una lucha entre su naturaleza, buena, sensible, misericordiosa, y algun sistema impío que por la fuerza se habia impuesto á sí mismo. Era, si así se puede espresar, un hombre llegado á la religion del vicio y procurando expiar sus virtudes. Era, sobre todo, al menos así se podia creer, si no se hubiese tomado el trabajo de negarlo constantemente, un hombre herido por la suerte injusta y que tenia el extraño capricho de dirigir su venganza al destino.

Ocultaba sus buenas acciones con un cuidado es-

tremado y celoso, con un cuidado casi igual al que ponía en ocuparse de sus faltas; delante del servidor encargado de repartir los beneficios se escusaba como de una debilidad vergonzosa. Con un refinamiento de ironía llenaba este mismo servidor ó criado cerca de él un empleo sin nombre.

Tal era el cazador de mujeres, un inglés llamado Smith, que tenia en este género talentos inapreciables, y que en solo un mes se habia puesto en contacto con todos los mercurios femeninos de Paris.

Por las manos de este Smith pasaban sumas enormes. La mayor parte estaba destinada á limosnas, sin embargo de que Montalt aparentase que lo dedicaba todo á satisfacer sus placeres.

Gracias á este Mr. Smith, que era un gentleman admirable y de no mala presencia, por lo demás las buenas gentes que empleaban sus ócios en recorrer las maravillas del famoso palacio, no desconocian completamente el terreno cuando hablaban del serallo de Berry Montalt.

Por la noche, al volver del juego Montalt, entraba en una habitacion especialmente destinada á la recepcion de sus queridas de un día, y adornado de todo lo que el lujo puede ofrecer de mas maravilloso.

Pero en esto como en otra cualquier cosa tenia sus caprichos repentinos é imperiosos. Sucediáale con frecuencia pasar por delante de la estancia á caya puerta velaban los dos negros, sin dirigir ni una mirada al interior.

Esas noches entraba solo en su departamento, donde cerraba la puerta, dando dos vueltas á la llave. Oíasele pasear largo tiempo por la alfombra de su alcoba. A veces sus curiosos criados pretendían haber oído á través de la puerta como un sordo gemido.

Al siguiente día se le encontraba sobre su lecho pálido y estenuado de fatiga. Nadie se atrevía á dirigirle la palabra; apenas se tomaban el cuidado de dirigir una mirada á hurtadillas al ver su rostro demudado.

Esos días no comía. Permanecía hasta la noche sentado sobre un diván, mientras sus dos negros, inmóviles y mudos, esperaban sus órdenes.

Los que hubiesen podido penetrar el secreto de su vida, hubieran advertido que esas silenciosas y profundas tristezas se apoderaban de él cada vez que los azares del juego le obligaban á arrancar un diamante de la tapa de su caja de sándalo.

Y seguramente no era la pérdida misma la que le destrozaba así, porque nunca se había visto en el círculo de los extranjeros un jugador mas sereno é impenetrable.

Los días de que hablamos nadie penetraba hasta él, ni aun Enrique y Roger, que gustaba tanto ver con frecuencia.

Porque al menos en esto el nabab había hecho una escepcion contra su costumbre. Esta amistad del azar, anudada en la berlina de una diligencia, hubiera guardado para muchas gentes en su mismo

origen un gérmen de rotura. Pero para Montalt era todo lo contrario: decíase con una sonrisa de soberano placer que esta union no tenía ninguna causa lógica; no eran ni parientes ni vecinos; tampoco se habían educado juntos ni decidido mutuamente uno por otro.

Por su parte quería á los dos jóvenes mucho mas que el primer día. Estaba loco con el talento de Enrique, aplaudía de todo corazón las menores agudezas de Roger. A veces hubiérais dicho cuando estaban juntos que era un padre entre dos hijos tiernamente queridos.

Pero con mas frecuencia era un bueno y alegre compañero, y entonces era imposible comprender la menor idea paternal. Montalt, joven como ellos por la belleza, por el talento, por la elegancia esquisita, podía pasar fácilmente por el hermano mayor á quien dos ó tres años mas dan peso y aplomo.

Proseguía con una heroica paciencia la obra emprendida en el camino de Rennes á Paris. Cada vez que los dos jóvenes y él se encontraban juntos, predicaba; era su manía. Quería hacer de Enrique y Roger dos filósofos á su imágen; quería infundirles sobre todo ese desprecio de la especie femenina que afectaba él en todas ocasiones.

Para llegar á esto hacia algo mas que razonar, intentaba. Repetidas veces se habían encontrado Enrique y Roger delante de encantadoras é imprevistas ocasiones; pero el nabab se complacía en rodearlos de seducciones que Enrique y Roger resis-

tian con el mayor valor, sobre todo el primero, cuyo corazón era más fuerte.

Por lo demás, se dejaban ir ambos sin reflexionar mucho y con la indiferencia de su edad por la pendiente de esa vida alegre y buena que la casualidad les proporcionaba. Enrique trabajaba y recibía de su ocupación una recompensa real. Roger no trabajaba, pero llevaba el título de secretario de milor y gozaba bajo este pretexto de magníficos honorarios.

Todo en el palacio del nabab, carruajes, caballos, estaba á su disposición.

Eran caballeros distinguidos y elegantes; ricos por la casualidad de milor, figuraban bastante en la sociedad.

Al principio y de común acuerdo se habían prometido poner en obra aquel caro designio que habían hecho una noche en el jardín de Penhoel, atesorar, atesorar como los avaros para volver pronto á Bretaña, donde les esperaba la felicidad.

Enrique permanecía fiel á su proyecto; cada suma que le daba el nabab era religiosamente impuesta, y el joven artista se estremecía de placer al ver aumentarse rápidamente su tesoro, porque este era el dote de Diana, de Diana, que era el sueño, la idea fija que ocupaba su imaginación, su único y apasionado amor.

Porque Enrique la veía á través de la distancia que de ella le separaba, mucho más noble y bella.

Roger pensaba también en Elena; pero ya sabe-

mos cómo se gasta el dinero en París. El dote de Elena venía lentamente.

Sin embargo, el buen muchacho la amaba; pero más de una encantadora colocada en su camino por el pérfido Montalt le había parecido adorable.

Mientras Enrique pintaba lienzos ó cubría de color tablas, iba Roger á pasearse. Cuando volvía y Enrique cual un hermano le cuestionaba, no hacía siempre Roger una confesión general.

Sin embargo, una cosa aproximaba á los dos jóvenes, uniéndolos en una inquietud común; era la falta de noticias de Bretaña, el silencio completo é inesplicable de los amigos que á su espalda habían dejado.

Enrique había escrito muchas veces á Diana; Roger á Elena y á la Señora.

Ninguno había obtenido respuesta.

Las semanas habían trascurrido esperando continuamente. Enrique y Roger hacían mil suposiciones, ingeniándose para buscar la palabra del enigma. Nunca en sus hipótesis llegaban á sospechar la terrible realidad.

Desesperando de todo había escrito Enrique á uno de sus compañeros cuya familia habitaba las cercanías de Redon. Contaba las horas esperando la respuesta, que esta vez no podía faltarle.

El día en que nos encontramos no había llegado aún; sin embargo, Enrique daba treguas á su inquietud, porque había una gran fiesta en el palacio

del nabab y no le parecía conveniente presentarse con cara triste.

Por fuera en esas callejuelas que subían entonces hacia los terrenos de Beaujou, no traspiraba nada. El patio, plantado de frondosos árboles, cubría enteramente el iluminado palacio; pero desde el momento en que se había traspuesto el pequeño jardín inglés situado delante de la casa, aparecía la escalera principal cubierta de flores y la vista penetraba á través del vestíbulo en las deslumbrantes galerías.

Mr. Jones sabía hacer las cosas. Eran cerca de las ocho de la noche y dos mesas redondas servidas en dos salas separadas por una galería, esperaban á los convidados, que no debían tardar en ocuparlas.

Este doble festin era una idea de Montalt, que generalmente las tenía extrañas por demás.

Otra idea que también le pertenecía había sido dar á su fiesta una fisonomía asiática, no en rigor á la verdad, porque los manjares que cubrían la mesa eran franceses, y un baile aun mucho más francés iba á seguir al festin.

Hablamos sobre todo del golpe de vista. Las salas estaban decoradas á la indiana y por todas partes se veía á lo largo de los corredores gentes que llevaban el traje de los cipayos, y cuyo empleo debía consistir lisa y llanamente en servir refrescos durante el baile.

Estas gentes, forzoso es decirlo, con sus túnicas

bordadas de oro contribuían maravillosamente á hacer más brillante el aspecto de los salones. Era un complemento á las maravillosas decoraciones que trasformaban ese castillo á lo Luis XV en un palacio de las *Mil y una noches*.

En la primera fila de esos arrogantes cipayos, tomados por el hábil mayordomo en alguna casa encargada á los vestuaríos de teatros, se distinguía un rostro amarillento y escuálido, frente estrecha, cabellos aplastados y enormes quijadas.

A pesar del efecto del disfraz, no hubiéramos podido menos de detenernos delante de aquella fisonomía como se hace á la vista de una persona conocida de tiempo atrás.

Ese hombre cipayo parecía ser hasta cierto punto el cabo de la cuadrilla.

En el momento en que los convidados iban á ocupar todos sus asientos, se acercó misteriosamente el cipayo al mayordomo.

Repetiremos las pocas palabras que entre sí cambiaron, porque nos parecen convenientes y no faltas de influencia sobre los acontecimientos de nuestra historia.

—Capallero Gones.... dijo el cipayo, que no era otro que nuestro amigo Graff, el soldado profesor.... el capallero Pipandre....

—¿A quién llamas el capallero Pipandre? preguntó el mayordomo.

—Ese gran seco, capallero Gones, á quien he feinado hoy.

—¿Y qué?

—¿Qué? que tan paron es como yo gueneral de Francia, capallero Gones.

Signieron algunas esplicaciones, durante las cuales el horado Graff señaló sucesivamente con la vista al baron Bibandier, al conde de Monteiro y al caballero Las Matas, que estaban los tres en traje de etiqueta.

Graff pareció señalar al caballero como jefe de la comparsa.

Luego añadió:

—Fingidas noblezas, capallero Gones.

El mayordomo pasó por detrás de la fila de convidados, llegando hasta Montalt, que tomaba una silla para sentarse.

Le dijo algunas palabras al oído.

Montalt dirigió una rápida mirada á nuestros tres caballeros, diseminados entre los convidados.

Graff habia vuelto á ocupar su sitio.

El sitio de Roberto estaba señalado cerca del nabab.

Este dijo al mayordomo en tono de poder ser oído por Roberto:

—Mr. Jones, ¿quereis preguntar al señor caballero de Las Matas si me hace el obsequio de tomar asiento cerca de mí?

El semblante de Roberto brilló de alegría; cambió una furtiva mirada con sus compañeros.

Blas y Bibandier se dijeron:

—Esto marcha.

Y en cuanto Mr. Jones hubo terminado su comision, se vió al caballero de Las Matas seguirle y sentarse con rostro risueño y placentero cerca de Berry Montalt.

